

INTRODUCCIÓN DE LOS TRADUCTORES

Los países de habla hispana se extienden sobre una parte considerable del globo terrestre e incluyen una proporción importante de la biodiversidad conocida. Además, hospedan una proporción cada vez mayor de los botánicos activos del mundo. Por lo tanto, es más importante que nunca que dispongan lo más pronto posible del texto con las normas de la nomenclatura botánica, que es una de sus herramientas básicas. Teniendo en cuenta esa necesidad, nos esforzamos en acelerar la traducción al castellano del novísimo *Código de Melbourne*, que tenemos el placer de presentar al público de manera casi simultánea con el original inglés.

La historia de las normas internacionalmente reconocidas de nomenclatura, en botánica, se remonta a las llamadas *Leyes* de Alphonse de Candolle, del 1867. En el siglo XX fueron sustituidas inicialmente por las *Reglas* (cuatro ediciones oficiales, de 1906 a 1950) y luego por el *Código internacional de nomenclatura botánica* (once ediciones, de 1952 a 2006). La presente (XII) edición del *Código*, que tuvo que cambiar su nombre debido al enfado de los micólogos modernos al verse llamados botánicos, es apenas la cuarta que se traduce al español. Tiene alguna analogía con la primera de ellas (*Código de París*, de 1956), obra de botánicos cubanos que también se publicó simultáneamente con la versión oficial inglesa – incluso en el mismo volumen. La tercera versión española, del *Código* de San Luis, fue publicada en 2002 a cargo de Roberto Kiesling, uno de los colaboradores de esta nueva traducción; nos remitimos a su Presentación para más detalles históricos.

Cabe subrayar que el texto español que aquí presentamos, aunque lo creemos fielmente traducido, no tiene estatus de versión oficial y no pretende de ninguna manera sustituir al original inglés, que siempre se tendría que consultar en paralelo. Sin embargo, el hecho de que uno de los traductores (WG) sea miembro activo del Comité Editorial para el *Código de Melbourne* le confiere una calidad particular. El Congreso de Berlín aprobó una moción que pide al Comité General de Nomenclatura Botánica “declarar las condiciones bajo las cuales se autorizan las traducciones del *Código*” (véase Englera 9: 33. 1989); de acuerdo con esto, el Comité General decidió que fueran oficialmente reconocidas las traducciones “examinadas y recomendadas por un miembro del Comité Editorial que conozca la lengua en cuestión”. Por lo tanto, está pendiente una solicitud al Comité General de que la presente traducción sea declarada “versión reconocida”.

El nuevo *Código* difiere mucho más de su predecesor que este del anterior, lo que hace particularmente urgente la publicación de este texto. Remitimos al lector al Prefacio para la aclaración de cuán importantes fueron las mejoras que el Congreso de Melbourne aceptó y para la explicación detallada de cada una.

En el Prefacio, los Ponentes subrayan el gran esfuerzo que hizo el Comité Editorial para normalizar tanto el lenguaje técnico (incluso las convenciones de citación) como la presentación tipográfica del texto. Con referencia particular al empleo de letras cursivas (o bastardillas) en los nombres científicos, sin importar su rango, escriben: “El *Código* no pone norma vinculante a este respecto, ya que la tipografía es una cuestión de estilo editorial y de tradición, no de nomenclatura. No obstante, los editores y autores, en aras de la uniformidad internacional, tal vez consideren adherirse a la práctica ejemplificada por el *Código*.” La terminología nomenclatural española que se usa en el *Código* también, sin ser ley, puede considerarse una posible norma que se aplique de forma generalizada, lo que implica una gran responsabilidad por parte de los traductores. En la Presentación del *Código de San Luis*, versión española, se explican detalladamente los argumentos en pro y en contra de los términos adoptados, cuando fueran controvertidos. En la nueva versión nos atuvimos escrupulosamente a las decisiones que se tomaron entonces, considerando que para conseguir a largo plazo una uniformización del uso en todo el mundo es imprescindible que el modelo básico quede estable. Seguimos en consecuencia con el uso de taxón / taxones (y no “taxon / táxones”), basónimo (no “basiónimo”), holotipo etc. (en vez de “holótipo”), protólogo (no “protologo”), ejemplar (de preferencia a “espécimen”) etc. Hicimos una excepción en el caso de la preposición latina “in”, que por no ser parte de las citas de autor (contrariamente a “ex”) nos pareció lógico se traduzca (por “en”); y otra para la “cartulina” (de herbario) que devino en un simple “pliego”.

En nuestro esfuerzo de estandarizar la presentación del texto del *Código*, en dos aspectos fuimos más allá que el original inglés, prefigurando quizás su futura reedición. El Comité Editorial, considerando la posible ambigüedad del adjetivo “específico”, cambió en todas partes la expresión “nombre específico” a “nombre de especie”, pero no se decidió a llevar a cabo la misma unificación en el caso de “nombre genérico”. En la presente versión sí lo hicimos, y queda únicamente la expresión, equivalente pero unívoca, “nombre de(l) género”. El segundo asunto que normalizamos es el uso de comillas simples para las variantes ortográficas de los nombres (por oposición a los nombres no válidamente publicados o incorrectamente

aplicados, puestos entre comillas dobles). Eso ya se practica para los nombres conservados y rechazados enumerados en los Apéndices, pero en el cuerpo del *Código* inglés solo se encuentra en algunos casos, no en todos.

En Melbourne se introdujeron algunos conceptos nuevos en la nomenclatura, con sus correspondientes expresiones técnicas que, por quebrantar en cierta medida las leyes corrientes del idioma (en inglés como en español), pueden en un inicio extrañar al usuario; pero consideramos que se trata de un efecto intencional, que subraya lo novedoso del concepto y por lo tanto a largo plazo se integrará al lenguaje corriente. Estas expresiones, que se definen en el Glosario, son “fositaxon” (con sus derivados, fosilígeno y fosiliespecie); y “nombre en rango nuevo”, que con sus complementos mejor conocidos, “combinación nueva” y “nombre de taxón nuevo”, así como “nombre de reemplazo” (que sustituye al poco feliz “substituto de reemplazo expreso”), forman la nueva categoría de las “novedades nomenclaturales”.

Hubo algunos casos discutidos que no lo habían sido antes, que vamos a mencionar a continuación. Notamos que el Diccionario de la Real Academia Española acepta las “briofitas” y “pteridofitas” [así como “espermafitas”] para los organismos que Font Quer en su magistral *Diccionario de botánica* correctamente llama briófitos y pteridófitos [así como espermatófitos]. Consideramos que estos neologismos lingüísticamente erróneos (que resultan del haberse equivocado el neutro plural clásico, *Pteridophyta*, por un femenino singular), por no haber llegado a formar parte del habla popular, no merecen ser sancionados por una obra científica; mientras que no vamos a pelear contra las “bacterias”, caso análogo que el mismo Font Quer todavía estigmatiza como error. De otro lado, se nos hizo observar que el adjetivo pleomórfico, y por analogía anamórfico y teleomórfico, que de todas formas se aplican a conceptos que ya están desprovistos de importancia nomenclatural, estarían formados incorrectamente y tendrían que cambiarse a pleomorfo (o anamorfo, teleomorfo); pero cuatro razones, principalmente, nos convencieron a no cambiarlos: primero, la tradición de su uso se remonta por lo menos a la traducción española del *Código de París*; segundo, en la actualidad se usan ambas formas (incluso en otros contextos y disciplinas: medicina y óptica); tercero, por el cambio sugerido se pierde la distinción entre la forma adjetival (p. ej. anamórfico) y el sustantivo (un anamorfo); y cuarto, desde un punto de vista lingüístico, en casos estrictamente paralelos ambas formas coexisten y se consideran correctas: -trofo y -trófico (autótrofo pero oligotrófico), -tono y -tónico (monótono pero diatónico, átono y atónico), -tomo y -tómico (dicótomo y dicotómico; anatómico).

La presente traducción está basada esencialmente en dos fuentes: la traducción al español del *Código de San Luis*, por Roberto Kiesling y colaboradores, y el texto inglés del *Código de Melbourne*, en sus sucesivas versiones preliminares y hasta en su forma definitiva. En la labor de traducción utilizamos varias fuentes de información de gran utilidad, incluso las dos ya mencionadas (el *Diccionario de la Lengua Española*, ed. 22 y en partes ed. 23, <http://lema.rae.es/drae>; y el *Diccionario de botánica* de Pius Font Quer, Barcelona 1953) y varios diccionarios accesibles por vía del Internet.

Para releer, corregir y perfeccionar la traducción inicial tuvimos el privilegio y el placer de obtener la ayuda de cuatro botánicos peritos en nomenclatura, que todos habían tenido un papel importante en la traducción del *Código de San Luis*. Dos de ellos, Roberto Kiesling y Juan Bautista Martínez Laborde, releieron y comentaron el texto integral, los otros dos se concentraron en determinadas partes: Fernando Chiang en los Art. 32 a 41 más el Glosario, Daniel Giuliano en los Art. 42 a 59. Además, Félix Muñoz Garmendia, de Madrid, nos hizo partícipes de numerosas sugerencias muy juiciosas, relativas básicamente a la primera parte del texto, hasta el Art. 22 inclusive. Agradecemos a todos su colaboración activa y la atmósfera colegial y agradable de nuestros contactos, enteramente electrónicos como lo exige nuestra época.

Agradecemos además a la Asociación Internacional de Taxonomía Vegetal (IAPT) y su Secretario General, Karol Marhold, por otorgarnos los derechos de traducción y publicación (incluso electrónica, que esperamos se realice pronto); a los Ponentes de Nomenclatura, John McNeill y Nicholas Turland, por mantenernos al tanto de todos los cambios que se seguían aportando al texto inglés mientras progresaba nuestro trabajo – cambios muy numerosos y debidos en buena parte a la relectura minuciosa a la cual la traducción nos obligaba; a Franz Stadler, editor técnico del volumen inglés, por enviarnos copias del texto electrónico de los índices y del texto definitivo y formateado del *Código* inglés completo, proporcionando los detalles útiles para que el volumen presente pudiera imitar tipográficamente al original; al Real Jardín Botánico de Madrid y a su Director, Gonzalo Nieto Feliner, que además de ofrecer su ayuda para publicar este libro aceptó contribuir redactando la Presentación; y a la Editorial del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) por haber consentido en publicar este *Código* a un precio que, esperamos, sea accesible para todos aquellos que lo necesiten.

Introducción de los traductores

Traducir el *Código de Melbourne* al español fue una experiencia interesante, instructiva y, para una de nosotros, novedosa. No lamentamos el tiempo ni la labor invertidos, solo rogamos al usuario que disculpe las imperfecciones que inevitablemente va a encontrar y de las cuales nosotros somos los únicos responsables. Nuestro más vivo deseo es que la publicación temprana de este texto pueda contribuir al desarrollo de nuestra ciencia – todavía conocida por muchos como botánica – en el mundo hispanófono.

Berlín, noviembre del 2012

Werner Greuter

Rosa Rankin Rodríguez